

Sociedad y juventud en El Salvador a inicios del siglo XXI*

*Luis Armando González***

Resumen

En este documento se hace un diagnóstico de la situación de la juventud salvadoreña, a finales de la década de los años noventa y a principios del siglo XXI. En la medida de lo posible, el autor intenta dar cuenta del “estado de la cuestión”, en materia de discusión sobre la situación de la juventud salvadoreña y sus problemas, en el periodo examinado. Sin embargo, no se trata de una revisión bibliográfica o algo semejante, sino de hacer un planteamiento de la situación de la juventud que arroje suficiente luz sobre sus condiciones de vida, sus riesgos y lo incierto de su futuro, en un país cuyos dinamismos socio-económicos condenan a la marginalidad a la mayor parte de sus miembros.

* Este documento es el resultado de una consultoría realizada para la Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ), con fondos de la Fundación Ford. El autor quiere dejar constancia de su agradecimiento a la OIJ por haberle confiado el desarrollo de este trabajo, así como por permitir su publicación en la Revista *Estudios Centroamericanos (ECA)*, de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”.

** El autor agradece a Marta Alicia de Canales, directora de la Dirección de Juventud del Ministerio de Educación de El Salvador, por sus observaciones y comentarios a una primera versión de este documento, así como también a Rommel Rodríguez, analista económico del CIDAI, por su apoyo en la recolección y procesamiento de los datos que lo alimentan.

1. Introducción

La sociedad salvadoreña de la última década del siglo XX y primeros años del siglo XXI es una sociedad atravesada por graves contradicciones socio-económicas y culturales, algunas de ellas heredadas de décadas pasadas, en tanto que otras han surgido en el contexto de la crisis del modelo agro-exportador —crisis que se comienza a perfilar desde los años ochenta— y los procesos de terciarización económica, que se imponen a lo largo de los años noventa y que, en la actualidad, en el contexto de un mundo globalizado, orientan los derroteros de la economía, la sociedad y la política en El Salvador. Estas contradicciones y cambios han afectado con particular fuerza a la juventud salvadoreña, forzando a algunos sectores de ella —sobre todo a los sectores marginales urbanos— a desafiar a una sociedad que no les garantiza seguridad, ni dignidad ni bienestar.

Una mirada a la década de los años noventa revela que, como en el pasado, la sociedad salvadoreña se encuentra segmentada. Al igual que en otros países latinoamericanos, la liberalización de los mercados, la apertura del comercio exterior, la reducción del gasto público y la privatización de los activos estatales están provocando una drástica *desestructuración de la vida social*. A ello se suma la globalización de los circuitos comerciales y financieros, no del todo coherente con la diversificación de estilos de vida, las crecientes demandas de participación social y la autonomización de ámbitos socio-culturales que, como la sexualidad, estuvieron regulados, en el pasado reciente, por una moral más de corte religioso que secular.

En la actualidad existe un grave problema de desintegración social, que se expresa, entre otros indicadores, por la segregación educativa y sociolaboral de importantes sectores de la población, entre los cuales la juventud ocupa un lugar de primera magnitud. Justamente uno de los rasgos más sobresalientes de la posguerra salvadoreña lo constituye la juventud marginal, forzada a sobrevivir violentando el orden social del cual ha sido excluida con no menos violencia. Al problema de la juventud se suman problemas más estructurales, como las transformaciones en la vida campesina, el deterioro de la vida urbana, la aguda contraposición de clases, la crisis del sistema educativo y la irrupción sociolaboral de la mujer. El conjunto de estos aspectos hace de El Salvador de comienzos del siglo XXI una sociedad sumamente dinámica, compleja y conflictiva, en la cual se entrecruzan fenómenos de

una relativa novedad con otros más tradicionales, como la concentración del poder económico en manos de una elite y la existencia un gran segmento poblacional con apenas lo necesario para subsistir.

Sin duda, ni la juventud marginal, ni su marginalización constituyen fenómenos nuevos, pues ambos hunden sus raíces en el pasado lejano del país. La historia muestra que las estructuras sociolaborales salvadoreñas se han caracterizado por excluir estructuralmente a la juventud de las oportunidades y los bienes que le permitirían insertarse sin traumatismos, en el orden social. Ello explica, en buena medida, por qué los jóvenes han estado en el centro de los principales movimientos sociopolíticos, que se han suscitado a lo largo del siglo XX. El “inconformismo juvenil” tuvo que ver bastante con esos movimientos, pero se vio alentado y justificado por la exclusión de que eran objeto muchos de los inconformes, provenientes de la clase media y de los sectores marginales urbanos y rurales.

El Salvador de la posguerra se ha edificado sobre unas estructuras socioeconómicas que generan dinanismos que marginalizan a la juventud, pero esa juventud no sólo no es la misma de las últimas dos o tres décadas, sino que el horizonte de sus demandas es, desde un criterio meramente cualitativo, distinto al que enmarcó las protestas de los jóvenes de hace veinte años. En efecto, si la juventud marginal de la preguerra canalizó preferentemente sus demandas a través de la organización político-revolucionaria —porque creía en la posibilidad de un futuro mejor, a partir de un cambio “revolucionario”—, la juventud marginal de la posguerra lo hace a través de la organización en “maras”, las cuales están integradas por jóvenes que no creen en la revolución, ni el socialismo ni, lo que es más dramático, en un futuro mejor. De ese modo, las “maras” no sólo constituyen una manifestación de un grave e irresuelto problema de integración social, sino que expresan una importante y novedosa mutación cultural, que se está operando, en la juventud marginal. Esta juventud no demanda una cuota de poder político, sino un espacio territorial propio, en el cual poder reivindicar su identidad individual y grupal. Para los jóvenes que integran las “maras” no se trata de comprometerse con cambios políticos o económicos de gran escala, sino de exigir (o imponer) su propio estilo de vida, situado en los márgenes de la sociedad.

Esta mutación cultural tiene como trasfondo un cambio en el estilo de vida de los habitantes urba-

nos, perceptible a través de numerosos parámetros de su vida cotidiana: el tiempo (de los negocios y los compromisos laborales), la alimentación (mediante comida rápida), la comunicación (por teléfono portátil o cable), el vestir (al dictado de las modas europeas y norteamericanas), las aspiraciones (al éxito profesional y económico), las enfermedades (nerviosas, el estrés) y la diversión (como paréntesis entre los compromisos laborales).

El proceso de urbanización en que se haya inserto el país, desde mediados de la década de ochenta, ha cambiado no sólo su entorno físico y ecológico, sino también el estilo de vida de sus habitantes, especialmente el de aquellos que viven en las urbes. En las ciudades más importantes —el caso más emblemático lo constituye San Salvador— los efectos del proceso de urbanización sobre el entorno físico y ecológico (contaminación, inseguridad ciudadana, deterioro del espacio público) alcanzan niveles alarmantes y amenazan la viabilidad económica de las ciudades (inversiones, comercios) y su viabilidad social (espacio de convivencia pacífica entre sus habitantes).

Específicamente, los problemas de la juventud en El Salvador —opciones laborales, marginalidad, violencia, condiciones educativas, etc.— no se entienden si no es a la luz de la forma cómo se ha estructurado el país a nivel socio-económico. Es por ello que, antes de examinar la situación de la juventud, se hará un esbozo general de los principales dinamisismos socio-económicos de El Salvador, fraguados a lo largo de la década de los años noventa, que marcan las tendencias socioeconómicas del país, a inicios del siglo XXI.

2. Economía y sociedad

La situación de la juventud en El Salvador es parte de un contexto problemático más amplio que, de no ser tomado en cuenta, impedirá hacer frente a los desafíos más urgentes que los jóvenes plantean a la sociedad. Un primer eje problemático de El Salvador actual es la *desarticulación estructural* del país, en sus tres ejes económicos funda-

mentales, es decir, entre la agricultura, la industria y el sector financiero. Sobre el deterioro del sector agrícola hay datos reveladores. Entre 1975 y 1999, la evolución de los indicadores macroeconómicos revela una pérdida relevante de los productos primarios de exportación (café, algodón y azúcar)¹. Es tan agudo el deterioro del sector agrícola que algunos autores hablan del fin del modelo agro-exportador, que habría entrado en crisis, “desde inicios de la década de los años ochenta, para colapsar finalmente en la década de los noventa, periodo en el cual el comportamiento global de la economía del país dejó de estar en función de la evolución del sector agro-exportador”².

Paralelamente a la crisis del agro, el sector industrial ha mostrado claras señales de estancamiento, que ponen de manifiesto el agotamiento del modelo económico implantado a partir de los años sesenta y que está siendo reemplazado por un modelo económico centrado en los servicios, la actividad maquilera y las remesas familiares. La tendencia al estancamiento industrial queda en evidencia al examinar la estructura del Producto Interno Bruto (PIB) y el aporte de cada uno de los principales sectores económicos, desde 1970 a 1999. En el periodo de 1970 a 1974, los sectores transables de la economía (agricultura, caza, silvicultura y pesca, industria y minería representaron el 60 por ciento del Producto Interno Bruto, mientras que, en 1999, representan el 31.0 por ciento. En esas tres décadas, el sector industrial pasó de representar el 20.4 por ciento, en 1970-1974, a representar, en 1999, el 21 por ciento; es decir, apenas creció, en casi treinta años, en un punto porcentual³.

A contrapelo del deterioro del sector agrícola y del estancamiento del sector industrial, la expansión del sector financiero ha llevado a la concentración de millonarias sumas, en manos de las familias que controlan los bancos, las compañías de seguros y las empresas de pensiones⁴. Conviene insistir en que la expansión del sector financiero ha sido a costa de los otros dos sectores económicos, ahogados por las deudas, las altas tasas de

1. Cfr., A. Segovia, *Transformación estructural y reforma económica y reforma económica en El Salvador*. San Salvador, 2002, p. 63.

2. *Ibid.*, p. 61.

3. *Ibid.*, p. 82.

4. Cfr., C. R. Paniagua Serrano, “El bloque empresarial hegemónico salvadoreño”. *ECA* 645-646, julio-agosto de 2002, pp. 609-693; M. D. Albiac, “Los ricos más ricos de El Salvador”. En R. Cardenal, y L. A. González (comps.), *El Salvador: la transición y sus problemas*. San Salvador, 2002, pp. 153-186.

interés, la ausencia de inversiones y el atraso tecnológico. Algunos datos ilustran no sólo el predominio del sector financiero, sino el agotamiento del modelo agro-exportador y el surgimiento de un modelo económico terciarizado, anclado en las remesas y la industria maquilera. Los sectores transables —que no producen bienes comercializables en el exterior: comercio, restaurantes y hoteles, bancos y aseguradoras, transporte y almacenamiento, etc.— representaban, en el periodo 1970-1974, un 40 por ciento del PIB, en tanto que, en 1999, llegaron a representar un 69 por ciento. Entre tanto, las remesas y las exportaciones maquileras han ido cobrando una particular importancia para la estabilidad económica. En 1980-1984, las remesas apenas representaban el 1.5 por ciento del valor de las exportaciones de productos primarios y el 5.8 por ciento de las exportaciones de café; en la década de los noventa, llegaron a representar el 11.2 por ciento del PIB y alcanzaron un valor casi tres veces superior a las exportaciones de café⁵. Datos más recientes indican que, en el año 2002, las remesas alcanzaron un monto total de 1,968 millones de dólares, lo cual equivale al 91 por ciento del déficit total de la balanza comercial. Por su parte, para 2002, la maquila generó exportaciones por un valor de 1,627 millones de dólares, equivalentes al 58.9 por ciento de las exportaciones totales⁶.

En este contexto cobra pleno sentido la *precariedad social*, que afecta a la mayor parte de la población. Esta precariedad guarda una estrecha relación con la incapacidad del aparato productivo para generar niveles adecuados de empleo, tanto en términos de puestos de trabajo como en términos de salarios acordes con las necesidades básicas de los salvadoreños. Desempleo, subempleo y salarios bajos se traducen en dificultades permanentes para acceder a una vivienda digna y segura, así como a niveles adecuados de salud y educación. La pobreza extrema es la expresión más aguda de esa precariedad social, que afecta a la mayor parte de salvadoreños y que es inseparable de la desarticulación estructural del aparato económico salvadoreño.

3. La juventud salvadoreña y sus problemas

3.1. Aspectos demográficos y condiciones de salud

Demográficamente, El Salvador es un país joven. Según los datos censales más recientes, recogidos en la *Encuesta de hogares de propósitos múltiples 2001*⁷, a inicios del siglo XXI, los menores de veinticinco años sumaron unas 3,540,289 personas (55.1 por ciento de la población total que fue, en 2001, de 6,428,672 personas). Por su parte, la *Encuesta de hogares de propósitos múltiples 1998* revela que, a finales de la década de los años noventa, el 50 por ciento de su población era menor de 19.1 años, situándose la otra mitad por encima de esa edad⁸. Si se extiende la edad hasta los treinta años, la población joven rondaba, a finales de los años noventa, el 70 por ciento del total. Obviamente, para delimitar al grupo poblacional de jóvenes, en sentido estricto, se debe hacer un doble ajuste. Por un lado, excluir a quienes tienen menos de quince años y, por otro, excluir también a los mayores de veintinueve años. Tal como se puede observar en el Cuadro 1, la población joven de El Salvador, en 1998 —es decir, la población cuya edad se ubica entre los quince y los veintinueve años— constituyó el 28.1 por ciento de la población total del país. Por su parte, en 2001, tal como lo muestra el Cuadro 2, la población joven de El Salvador representó el 27.66 por ciento del total de salvadoreños y salvadoreñas.

Cuadro 1
Estructura de la población joven
de El Salvador (1998)

	% de juventud	% de población total
Hombres jóvenes	47.62	13.39
Mujeres jóvenes	52.38	14.72
Total	100	28.11

Fuente: elaboración propia sobre la base de la *Encuesta de hogares de propósitos múltiples*, 1998.

5. *Ibíd.*, p. 66.

6. "Balance económico". *Proceso*, 1030, 25 de diciembre de 2002, pp. 11 y ss.

7. Ministerio de Economía, *Encuesta de hogares de propósitos múltiples*, 2001.

8. Ministerio de Economía, *Encuesta de hogares de propósitos múltiples*, 1998, p. 2.

Cuadro 2
Estructura de la población joven
de El Salvador(2001)

	% de juventud	% de población total
Hombres jóvenes	47.78	13.22
Mujeres jóvenes	52.22	14.44
Total	100	27.66

Fuente: elaboración propia sobre la base de la *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples, 2001.*

En los cuadros 3 y 4 aparece reflejado el total de jóvenes salvadoreños en los dos años considerados. En 1998, fue de 1,699,622 personas, mientras que en 2001, fue de 1,778,338 personas. La ausencia de datos demográficos más recientes impide establecer la dinámica de la población después del año 2001. Sin embargo, los datos relativos a 1998 y 2001 son un punto de apoyo consistente para determinar el comportamiento demográfico de los salvadoreños a finales de los años noventa y principios del 2000.

Cuadro 3
Juventud total por género y grupos de edad (1998)

Grupos de edad	Masculino	Femenino	Totales por grupos de edad	%
15-19	330,182	329,492	659,674	38.81
20-24	273,655	306,741	580,396	34.15
25-29	205,513	254,039	459,552	27.04
Totales por género	809,350	890,272	1,699,622	100
Porcentajes por género	47.62	52.38	100	

Fuente: Ministerio de Economía, Dirección General de Estadísticas y Censos (DIGESTYC). *Encuestas de Hogares de Propósitos Múltiples, 1998.*

Cuadro 4
Juventud total por género y grupos de edad (2001)

Grupos de edad	Masculino	Femenino	Totales por grupos de edad	%
15-19	330,236	343,352	673,588	37.88
20-24	308,973	329,200	638,173	35.89
25-29	210,550	256,027	466,577	26.24
Totales por género	849,759	928,579	1,778,338	100
Porcentajes por género	47.78	52.22	100	

Fuente: Ministerio de Economía, Dirección General de Estadísticas y Censos (DIGESTYC). *Encuestas de Hogares de Propósitos Múltiples, 2001.*

Los cuadros que estamos examinando arrojan valiosa información adicional. En primer lugar, la relativa paridad, en 1998, entre los porcentajes de población joven masculina y femenina, 47.72 por ciento de hombres jóvenes, equivalente al 13.39 por ciento de la población total, y 52.38 por ciento de mujeres jóvenes, equivalente al 14.72 por ciento de la población total. En segundo lugar, el predominio, siempre en el mismo año, del segmento poblacional cuya edad oscila entre los quince y los

diecinueve años (38.81%), al cual siguen el segmento cuya edad está entre los veinte y los veinticuatro años (34.15%) y el segmento cuya edad se ubica entre los veinticinco y los veintinueve años (27%). En tercer lugar, visto en términos de pertenencia de género, en los diferentes grupos edad, la cantidad de hombres y mujeres es bastante similar en ambos sexos, especialmente en la población de entre quince y diecinueve años: 330,182 jóvenes de sexo masculino y 329,492 de sexo femenino.

La situación casi no sufre variaciones en 2001, cuando se encuentra relativa paridad entre la población joven masculina y femenina: 47.78 por ciento de hombres jóvenes (13.22 por ciento de la población total) y 52.22 por ciento de mujeres jóvenes (14.44 por ciento de la población total). En segundo lugar, también en 2001 predomina la población joven, cuyas edades oscilan entre los quince y diecinueve años (37.88%), al cual siguen los grupos de edad que se ubican entre los veinte y los veinticuatro años (35.89%) y entre los veinticinco y los veintinueve años (26.24%).

El Cuadro 5 complementa esta información. Ahí se observa una estimación, para el año 2003, de la población joven de El Salvador. Llama la atención que en 1998, todos los grupos de edad crecieron, pero el que más lo hizo fue el de los veinticuatro y los veintinueve años. El grupo de edad de los quince y los diecinueve años pasó de 659,674 a 663,595; el de los veinte y los veinticuatro años pasó de 580,396 a 658,978; y el de los veinticuatro y los veintinueve años pasó de 459,552 a 635,403. Estas variaciones se reflejan en la estructura porcentual correspondiente, tal como se hace evidente en la última columna de los cuadros 3 y 5. En conjunto, según la estimación para 2003, la población joven de El Salvador habría aumentado, desde 1998, en 258,354 personas.

Cuadro 5
Estimación de la juventud salvadoreña para el año 2003

Grupos de edad	No. personas	Porcentajes
15-19	663,595	33.9
20-24	658,978	33.7
25-29	635,403	32.5
Total	1,957,976	100

Fuente: CEPAL-CELADE, División de Población. *Boletín demográfico*, 66, julio de 2000.

En definitiva, estos datos confirman lo que se dijo al principio. El Salvador es un país demográficamente joven. Sólo por ese hecho, no es de extrañar que los jóvenes salvadoreños hayan estado en el pasado reciente, así como lo están ahora, en el centro de las tormentas sociales y políticas, que han sacudido al país, en el siglo XX. En la medida en que se mantengan estas tendencias demográficas, y nada indica que en el futuro inmediato vayan a cambiar drásticamente, los jóvenes salvadoreños seguirán siendo un desafío para el resto de actores sociales, para las autoridades y para los sectores empresariales.

La pobreza extrema es la expresión más aguda de esa precariedad social, que afecta a la mayor parte de salvadoreños y que es inseparable de la desarticulación estructural del aparato económico del país.

Un estudio reciente de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), titulado *¿Cómo viven los adolescentes y jóvenes en El Salvador? Análisis situacional año 2000*⁹, revela datos preocupantes acerca de sus condiciones de salud, en ese año. A continuación presentamos un resumen de los datos y conclusiones más relevantes de dicho estudio.

En primer lugar, una de las primeras cinco causas de consulta, en los servicios de salud, de ambos sexos, son las enfermedades infecciosas. Estas están en gran manera determinadas por la contaminación ambiental, propias de áreas de bajo nivel de desarrollo y pobreza. Llama la atención, señala OPS, que a partir de los quince años de edad, las jóvenes consultan de cuatro a cinco veces más que sus homólogos masculinos. En segundo lugar, la principal causa de ingreso hospitalario, en los jóvenes, está relacionada con la violencia (el traumatismo intracraneal ocupa el segundo lugar), mientras que en las jóvenes, figuran, en primer lugar, problemas asociados con el embarazo y el parto. En la misma línea, según la OPS, la fecundidad de las mujeres salvadoreñas es mayor, en el ámbito rural. La tasa global de fecundidad de las mujeres entre los quince y los 49 años, en el período de 1993 a 1998 fue de 4.56 hijos por mujer, en el área rural, y de 2.79, en la urbana.

9. OPS, *¿Cómo viven los adolescentes y jóvenes en El Salvador? Análisis situacional año 2000*. San Salvador, 2003.

En tercer lugar, para OPS, la presión cultural y la ausencia de servicios de orientación y consejería son un obstáculo para una adecuada salud reproductiva. El hablar sobre la actividad sexual de la población adolescente y joven sigue siendo un área poco explorada, por considerarse todavía un tabú, pero las estadísticas muestran un alto número de partos de adolescentes y que la población más afectada por el VIH/SIDA es la que posee entre veinticinco y treinta y cuatro años de edad, lo cual refleja que se infectaron siendo adolescentes. El impacto es mucho más marcado en las adolescentes y jóvenes, porque un embarazo precoz les dificulta proseguir estudios, así como acceder a mejores trabajos.



En cuarto lugar, los embarazos en la adolescencia se asocian, con frecuencia, con morbilidad materna, ya que el riesgo de mortalidad materna en adolescentes menores de quince años de edad es entre dos y cuatro veces mayor que en sus homólogas de entre veinte y treinta y cinco años de edad; con morbilidad infantil, debido a partos prematuros y bebés con bajo peso al nacer; y con la permanencia en el ciclo de pobreza, en gran parte, debida a la paternidad irresponsable. Los jóvenes, en general, no conocen los métodos de planificación familiar. El acceso a la información confiable, en el país, es limitado, por la carencia de educación sexual adecuada, en el sistema escolar, y por la falta o la difusión distorsionada de esta temática, en los medios de comunicación. A esto se agregan las creencias, los mitos y los tabúes de la sociedad, en relación con los efectos, los mecanismos y el uso de métodos anticonceptivos. Esto puede explicar el bajo porcentaje de mujeres que usan métodos anticonceptivos (38%). Así, el número de partos en la adolescencia ha ido en aumento. En el año 1999, el porcentaje de partos adolescentes llegó al 34 por ciento del total de partos, es decir, de cada cien partos, en hospitales del Ministerio de Salud, más de la tercera parte correspondieron a adolescentes.

Finalmente, la juventud salvadoreña está siendo afectada por el virus del SIDA. Por las características de esta enfermedad, dice la OPS, existe una elevada falta de registro de casos. En proyecciones realizadas para el año 2000, se encontró que podrían estar infectadas con el VIH, entre 25 y 50 mil personas. Desde 1984, cuando ocurrió el primer caso de SIDA, en El Salvador, hasta 1999, se

han registrado 3,482 casos, en la Unidad de Epidemiología del Ministerio de Salud Pública. Esta enfermedad, relacionada con cuestiones tales como la sexualidad, la desigualdad, la cultura y la pobreza, representa una síntesis de la experiencia de adolescentes y jóvenes de fines del decenio de 1990. La edad más afectada es la de los 25-34 años con un 37 por ciento, seguida por el grupo comprendido entre los 15-24 años, con un 19 por ciento. Tomando en cuenta la historia natural de la enfermedad, parecería que muchas de estas personas se contagiaron en la adolescencia. El sexo masculino es el más infectado con SIDA (73%), aunque la infección avanza con rapidez, en el sexo femenino. El 80.5 por ciento de los casos registrados proviene del área urbana. Los adolescentes se infectan y desarrollan SIDA prácticamente en la misma proporción que los hombres adultos, aunque en éstos ha aumentado después de los veinte años.

3.2. Condiciones familiares

La juventud salvadoreña —ese 28 por ciento del total de la población que oscila entre los quince y los veintinueve años de edad— no es un grupo homogéneo, sino todo lo contrario. Quienes lo conforman tienen una distinta condición social que, de momento, se puede determinar a partir de los roles sociales de los jóvenes vinculados a la estructura familiar. El Cuadro 6 arroja información relevante al respecto. En efecto, en ese cuadro se registran, para 1998, los roles de “jefe” de hogar, “cónyuge”, “hijos”, “otros parientes” (sobrinos, por

ejemplo), "empleada doméstica" y "otros", asumidos por los jóvenes en el ámbito familiar.

El rol de jefes de familia lo asumieron, en el año en cuestión, un total de 229,737 jóvenes (13.56 por ciento del total); el de cónyuge, un total de 256,976 (15.11%); el de hijos, un total de 924,556 (54.40%); el de otros parientes, un total de 262,273 (15.42%); el de empleada doméstica, un total de 12,093 (0.70%); y el de otros, un total de 13,987

(0.81%). Es interesante notar que los roles de jefe de hogar y cónyuge los asumen, en su mayoría, jóvenes que se ubican en el grupo de edad de entre los veinticinco y los veintinueve años (141,331 y 130,813, respectivamente), mientras que el rol de hijos lo asumen, mayoritariamente, quienes se encuentran entre los quince y los diecinueve años (477,689), seguidos de quienes se ubican entre los veinte y los veinticuatro años (311,191).

Cuadro 6
Juventud total por relación de parentesco con el jefe de hogar, según grupos de edad (1998)

Grupos de Edad	Jefe	Cónyuge	Hijos	Otros parientes	Empleada doméstica	Otros	Total(a)	%
15-19	10,797	28,104	477,689	131,702	4,770	6,612	659,674	38.81
20-24	77,609	98,059	311,191	98,437	3,108	4,992	580,396	34.15
25-29	141,331	130,813	135,676	45,134	4,215	2,383	459,552	27.04
Total(b)	229,737	256,976	924,556	262,273	12,093	13,987	1,699,622	100
%	13.56	15.11	54.40	15.42	0.70	0.81	100	100

a) Total por grupos de edad.

b) Total de jefes y por relación de parentesco con el jefe de hogar.

Fuente: Ministerio de Economía, Dirección General de Estadística y Censos (DIGESTYC). *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 1998.

En el Cuadro 7 se recoge información semejante a la anterior sólo que para el año 2001. El rol de jefes de familia lo asumieron, en ese año, un total de 201,536 jóvenes (11.33 por ciento del total); el de cónyuge, un total de 214,316 (12.05%); el de hijos, un total de 1,044,640 (58.74%); el de otros parientes, un total de 299,930 (16.87%); el de empleada doméstica, un total de 6,182 (0.35%); y el de otros, un total de 11,734 (0.66%). Aquí,

como en el cuadro anterior, los roles de jefe de hogar y cónyuge los asumen jóvenes que se encuentran en el grupo de edad de entre los veinticinco y los veintinueve años (119,332 y 109,735, respectivamente), mientras que el rol de hijos lo asume, mayoritariamente, quienes se hallan en las edades de los quince y los diecinueve años (493,881), seguidos de quienes se ubican entre los veinte y veinticuatro años (371,068).

Cuadro 7
Juventud total por relación de parentesco con el jefe de hogar, según grupos de edad (2001)

Grupos de Edad	Jefe	Cónyuge	Hijos	Otros parientes	Empleada doméstica	Otros	Total(a)	%
15-19	10,680	22,336	493,881	138,986	2,135	5,570	673,588	37.88
20-24	71,524	82,245	371,068	106,257	2,879	4,200	638,173	35.89
25-29	119,332	109,735	179,691	54,687	1,168	1,964	466,577	26.23
Total(b)	201,536	214,316	1,044,640	299,930	6,182	11,734	1,778,338	100
%	11.33	12.05	58.74	16.87	0.35	0.66	100	100

a) Total por grupos de edad.

b) Total de jefes y por relación de parentesco con el jefe de hogar.

Fuente: Ministerio de Economía, Dirección General de Estadística y Censos (DIGESTYC). *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 2001.

El Cuadro 8 desagrega la información anterior para 1998, haciendo énfasis en los roles familiares de la población joven femenina. Como puede verse, 40,417 mujeres jóvenes asumen el rol de jefes de hogar (4.54 por ciento del total); 127,191 (28.14%) asumen el de cónyuges; 440,549 (49.48%) el de hijos; 139,467 (15.67%) el de otros parientes; 12,039 (1.36%) el de empleada domésti-

ca; 7,220 (0.81%) el de otros. Como en el Cuadro 6, sólo que para las mujeres jóvenes, quienes ejercen de jefes de hogar y de cónyuges son quienes se ubican en las edades de 25-29 años (24,024 y 127,191, respectivamente). Por su parte, quienes asumen el rol de hijos se ubican entre quienes tienen 15-19 años (223,751).

Cuadro 8
Juventud femenina total por relación de parentesco con el jefe de hogar, según grupos de edad (1998)

Grupos de edad	Jefe	Cónyuge	Hijos	Otros parientes	Empleada doméstica	Otros	Total(a)	%
15-19	2,800	27,615	223,751	67,494	4,770	3,062	329,492	37.02
20-24	13,593	95,720	143,791	47,623	3,108	2,906	306,741	34.45
25-29	24,024	127,191	73,007	24,350	4,215	1,252	254,039	28.53
Total(b)	40,417	250,526	440,549	139,467	12,093	7,220	890,272	100
% 4.54	28.14	49.48	15.67	1.36	0.81	100	100	

a) Total por grupos de edad.

b) Total de jefes y por relación de parentesco con el jefe de hogar.

Fuente: Ministerio de Economía, Dirección General de Estadística y Censos (DIGESTYC). *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 1998.

El Cuadro 8 lo hace para 2001. En ese año, 45,846 mujeres jóvenes asumen el rol de jefes de hogar (4.94 por ciento del total); 205,875 (22.17%) asumen el de cónyuges; 502,431 (54.11%) el de hijos; 161,791 (17.42%) el de otros parientes; 6,138 (0.66%) el de empleada doméstica; 6,498 (0.70%) el de otros. Es claro que, entre las mujeres jóve-

nes, quienes ejercen de jefes de hogar y de cónyuges se ubican, en su mayoría, en las edades entre los veinticinco y los veintinueve años (26,310 y 105,489, respectivamente). Por su parte, quienes asumen el rol de hijos se ubican, mayoritariamente, entre quienes tienen quince y diecinueve años (237,735).

Cuadro 9
Juventud femenina total por relación de parentesco con el jefe de hogar, según grupos de edad (2001)

Grupos de edad	Jefe	Cónyuge	Hijos	Otros parientes	Empleada doméstica	Otros	Total(a)	%
15-19	3,993	21,829	237,735	74,467	2,135	3,193	343,352	36.98
20-24	15,543	78,557	171,422	58,968	2,835	1,875	329,200	35.45
25-29	26,310	105,489	93,274	28,356	1,168	1,430	256,027	27.57
Total(b)	45,846	205,875	502,431	161,791	6,138	6,498	928,579	100
% 4.94	22.17	54.11	17.42	0.66	0.70	100		

a) Total por grupos de edad.

b) Total de jefes y por relación de parentesco con el jefe de hogar.

Fuente: Ministerio de Economía, Dirección General de Estadística y Censos (DIGESTYC), *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 2001.

Los cuadros 10 y 11 nos ofrecen la otra cara de la moneda: los roles familiares de la población joven masculina, en 1998 y 2001. En 1998 (Cuadro 10), el total de hombres jóvenes con el rol de jefe de hogar suma 189,329 (23.40%); el rol de cónyuges suma 6,450; el de hijos, 484,007 (59.80%); el de otros parientes 122,806 (15.17%); y el de otros,

6,767 (0.83%). Entre los hombres jóvenes también los roles de jefe de hogar y cónyuge son asumidos por quienes se ubican en el grupo de edad de los veinticinco a los veintinueve años (117,307 y 3,622, respectivamente). Por su parte, el papel de hijos lo asumen, en su mayoría, los jóvenes que se ubican entre los quince y los diecinueve años (253, 938).

Cuadro 10
Juventud masculina total por relación de parentesco con el jefe de hogar, según grupos de edad (1998)

Grupos de edad	Jefe	Cónyuge	Hijos	Otros parientes	Empleada doméstica	Otros	Total(a)	%
15-19	7,997	489	253,938	64,208	0	3,550	330,182	40.80
20-24	64,016	2,339	167,400	37,814	0	2,086	273,655	33.81
25-29	117,307	3,662	62,669	20,784	0	1,131	205,513	25.39
Total(b)	189,320	6,450	484,007	122,806	0	6,767	809,350	100
% 23.4	0.80	59.8	15.17	0	0.83	100		

a) Total por grupos de edad.

b) Total de jefes y por relación de parentesco con el jefe de hogar.

Fuente: Ministerio de Economía, Dirección General de Estadística y Censos (DIGESTYC), *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 1998.

En 2001 (Cuadro 11), el total de hombres jóvenes con el rol de jefe de hogar asciende a 155,690 (18.32%); con el de cónyuges, 8,441 (0.99%); con el de hijos, 542,209 (63.81%); con el de otros parientes, 138,139 (16,26%); y con el de otros, 5,236 (0.62%). Entre los hombres jóvenes también los roles de jefe de hogar y cónyuge son asumidos

sobre todo por quienes se encuentran entre los veinticinco y los veintinueve años (93,033 y 4,226, respectivamente). Por su parte, el papel de hijos lo asumen, en su mayoría, los jóvenes que se encuentran entre los quince y los diecinueve años (256,146).

Cuadro 11
Juventud masculina total por relación de parentesco con el jefe de hogar, según grupos de edad (2001)

Grupos de edad	Jefe	Cónyuge	Hijos	Otros parientes	Empleada doméstica	Otros	Total(a)	%
15-19	6,687	507	256,146	64,519	0	2,337	330,236	38.86
20-24	55,981	3,688	199,646	47,289	44	2,325	308,973	36.36
25-29	93,022	4,246	86,417	26,331	0	534	210,550	24.78
Total(b)	155,690	8,441	542,209	138,139	44	5,236	849,759	100
% 18.32	0.99	63.81	16.26	0.01	0.62	100		

a) Total por grupos de edad.

b) Total de jefes y por relación de parentesco con el jefe de hogar.

Fuente: Ministerio de Economía, Dirección General de Estadística y Censos (DIGESTYC), *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 2001.

Una primera conclusión que se sigue de los cuadros anteriores es que la gran mayoría de los más jóvenes de los jóvenes, en El Salvador (los que tienen entre años), mujeres y hombres, que sumaron, para 2001, 673,588 personas, tiene la condición de hijo, lo cual la hace altamente dependiente de sus padres o responsables. Esta población dependiente aumenta de forma considerable si se añade, a quienes tienen el rol de hijos, los jóvenes que tienen la calidad de "otros parientes" y que se ubican entre los quince y los diecinueve años. En 2001, fueron 74,467 mujeres y 64, 519 hombres.

La siguiente serie de cuadros ofrece información adicional sobre los roles socio familiares de los jóvenes salvadoreños, específicamente su estatus

civil. Tal como se puede ver en el Cuadro 12, el total de jóvenes solteros era, en 1998, de 1,476,276 (86.86%); el de casados, 220,840 (13%); el de viudos, 1,379 (0.86%); y el de divorciados, 1,103 (0.06%). El grupo de los solteros es, de lejos, el mayoritario respecto de los demás. Asimismo, en este grupo, el grueso de jóvenes solteros se encuentra en el grupo de edad que va de los quince y a los diecinueve años. En segundo lugar, están los jóvenes casados, y en ese grupo, la mayor cantidad se encuentra en el grupo de edad que va de los veinticinco a los veintinueve años (132,288), seguido de quienes están en el tramo de edad de los veinte a los veinticuatro años (78,256).

Cuadro 12
Juventud por estado civil, según grupos de edad (1998)

Grupos de edad	Soltero	Casado	Viudo	Divorciado	Total(a)
15-19	649,186	10,320	56	112	659,674
20-24	501,767	78,256	110	263	580,396
25-29	325,323	132,288	1,213	728	459,552
Total(b)	1,476,276	220,864	1,379	1,103	1,699,622
Porcentajes	86.86	13.00	0.08	0.06	100

a) Total por grupos de edad.

b) Total estado civil.

Fuente: Ministerio de Economía, Dirección General de Estadística y Censos (DIGESTYC), *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 1998.

Al desagregar por sexo el Cuadro 13, 723,036 hombres jóvenes tenían, en 1998, la condición de solteros, es decir, el 89.34 por ciento del total (ver el Cuadro 13). De entre ellos, el grupo más numeroso lo constituía el que se encontraba en el tramo de edad que va de los quince a los diecinueve años (327,941). Por su parte, el total de casados fue de

85,714 (10.60%), siendo entre ellos el grupo más numeroso el que integra el tramo de edad que va de los veinticinco a los veintinueve años (55,876). En tercer lugar, el número de viudos ascendió a 241 (0.03%), quienes se encuentra en el mismo tramo de edad de los casados. Finalmente, el total de divorciados fue de 299 (0.03%), también en el mismo tramo de edad.

Cuadro 13
Juventud masculina por estado civil, según grupos de edad (1998)

Grupos de edad	Soltero	Casado	Viudo	Divorciado	Total(a)
15-19	327,942	2,241	0	0	330,182
20-24	246,058	27,597	0	0	273,655
25-29	149,097	55,876	241	299	205,513
Total(b)	723,096	85,714	241	299	809,350
Porcentajes	89.34	10.60	0.03	0.03	100

a) Total por grupos de edad.

b) Total estado civil.

Fuente: Ministerio de Economía, Dirección General de Estadística y Censos (DIGESTYC), *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 1998.

Al desagregar por sexo, pero esta vez centran- do la atención en la población joven femenina (Ver el Cuadro 14), resulta que el total de solteras, en 1998, fue de 753,180 (84.60%); el de casadas, 135,150 (15.18%); el de viudas, 1,138 (0.13%); y el de divorciadas, 804 (0.09%). La mayor cantidad de solteras se encuentra en el tramo de edad de los quince a los diecinueve años (321,245), las jóve- nes casadas se hallan, en su mayoría, en el grupo de edad de los veinticinco a los veintinueve años

(764,412); las viudas, en este mismo tramo de edad (912) y las divorciadas también están en este últi- mo tramo de edad (429). En conjunto, la condición civil de hombres y mujeres jóvenes es bastante ho- mogénea, especialmente en el rol de soltero y casa- dos. Llama la atención, empero, que la condición de viudo y divorciado afecte más a las mujeres que a los hombres, en los diferentes grupos de edad, pero más a quienes se ubican en el tramo de edad que va de los los veinticinco a los veintinueve años.

Cuadro 14
Juventud femenina por estado civil, según grupos de edad (1998)

Grupos de edad	Soltero	Casado	Viudo	Divorciado	Total(a)
15-19	321,245	8,079	56	112	329,492
20-24	255,709	50,659	110	263	306,741
25-29	176,226	76,412	972	429	254,039
Total(b)	753,180	135,150	1,138	804	890,272
Porcentajes	84.60	15.18	0.13	0.09	100

a) Total por grupos de edad.

b) Total estado civil.

Fuente: Ministerio de Economía, Dirección General de Estadística y Censos (DIGESTYC), *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 1998.

En 2001, tal como se refleja en los cuadros 15, 16 y 17, se dan cambios menores en la dinámica de la juventud respecto a 1998. Así, el total de jóvenes solteros fue de 1,132,690 (63.69%); el de

casados, 182,436 (10.26%); el de viudos, 5,252 (0.30%); el de divorciados, 1,691 (0.10%) y el de otros, 456,269 (25.665).

Cuadro 15
Juventud por estado civil, según grupos de edad (2001)

Grupos de edad	Soltero	Casado	Viudo	Divorciado	Otros*	Total(a)
15-19	600,188	7,778	103	346	65,173	673,588
20-24	378,378	62,912	1,300	272	195,311	638,173
25-29	154,124	111,746	3,849	1,073	195,785	466,577
Total(b)	1,132,690	182,436	5,252	1,691	456,269	1,778,338
Porcentajes	63.69	10.26	0.30	0.10	25.066	100

a) Total por grupos de edad.

b) Total estado civil.

Fuente: Ministerio de Economía, Dirección General de Estadística y Censos (DIGESTYC), *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 2001.

Desagregado por sexo, en 2001, el total de jó- venes solteros fue de 619,842 (72.94%) y el de

jóvenes solteras, 512,848 (55.23%). El de casados y casadas, 71,557 (8.42%) y 110,879 (11.94%), res-

pectivamente. El de viudos y viudas, 70 (0.01%) y 5,182 (0.56%), respectivamente. El de divorciados y divorciadas, 268 (0.03%) y 1,423 (0.15%). Y el

de otros y otras, 158,022 (18.60%) y 298,247 (32.12%), respectivamente.

Cuadro 16
Juventud masculina por estado civil, según grupos de edad (2001)

Grupos de edad	Soltero	Casado	Viudo	Divorciado	Otros*	Total(a)
15-19	317,085	1,677	0	0	11,474	330,236
20-24	216,325	21,184	0	0	71,464	308,973
25-29	86,432	48,696	70	268	75,084	210,550
Total(b)	619,842	71,557	70	268	158,022	849,759
Porcentajes	72.94	8.42	0.01	0.03	18.60	100

a) Total por grupos de edad.

b) Total estado civil.

Fuente: Ministerio de Economía, Dirección General de Estadística y Censos (DIGESTYC), *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 2001.

Cuadro 17
Juventud femenina por estado civil, según grupos de edad (2001)

Grupos de edad	Soltero	Casado	Viudo	Divorciado	Otros*	Total(a)
15-19	283,103	6,101	103	346	53,699	343,352
20-24	162,053	41,728	1,300	272	123,847	329,200
25-29	67,692	63,050	3,779	805	120,701	256,027
Total(b)	512,848	110,879	5,182	1,423	298,247	928,579
Porcentajes	55.23	11.94	0.56	0.15	32.12	100

a) Total por grupos de edad.

b) Total estado civil.

Fuente: Ministerio de Economía, Dirección General de Estadística y Censos (DIGESTYC), *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 2001.

En resumen, los datos revisados hasta aquí indican con claridad que en El Salvador actual hay una masa de jóvenes (hombres y mujeres) que, por su condición de soltería, son dependientes de sus mayores, lo cual pone una importante presión socio-económica a estos últimos, pero también les ofrece un mayor ámbito de libertad, en tanto que no están sometidos a la disciplina, ni a las exigencias familiares, que supone el estatus social de "casado". Asimismo, llama la atención que la condición de "viudez" afecte más a las mujeres que a los hombres, es decir, mueren más hombres jóvenes que mujeres, lo cual apunta a los mayores riesgos que corren los primeros, en una sociedad que, trece años después de haber terminado con una guerra civil por la vía negociada, no ha podido

diseñar un esquema de convivencia, que brinde seguridad a sus miembros más vulnerables.

3.3. Condiciones laborales

Una primera aproximación a las condiciones laborales de los jóvenes salvadoreños es el nivel de desocupación. Como puede verse en el Cuadro 18, el total de jóvenes desocupados, en 1998, ascendió a 106,625, es decir, aproximadamente una décima parte del total de la población joven. La situación de desocupación afectó más a los jóvenes en el rango de edad de los veinte a los veinticuatro años (44.6%), seguidos de quienes se hallan entre los quince y los diecinueve años (31.6%) y de quienes se están entre los veinticinco y los veintinueve años

(23.7%). Tres años después, en 2001 (Cuadro 19), la cantidad de desocupados jóvenes se redujo levemente (95,750). Asimismo, en este año, también los más afectados fueron los jóvenes entre los veinte y los veinticuatro años (45.3%), seguidos de quienes están en el rango de entre los quince y los diecinueve años (30%).

Cuadro 18
Jóvenes desocupados (1998)

Grupos de edad	No. De jóvenes	%
15-19	33,745	31.6
20-24	47,557	44.6
25-29	25,323	23.7
Total	106,625	100

Fuente: Ministerio de Economía, Dirección General de Estadística y Censos (DIGESTYC), *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 1998.

Cuadro 19
Jóvenes desocupados (2001)

Grupos de edad	No. De jóvenes	%
15-19	28,940	30.2
20-24	43,392	45.3
25-29	23,418	24.5
Total	95,750	100

Fuente: Ministerio de Economía, Dirección General de Estadística y Censos (DIGESTYC), *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 2001.

El Cuadro 20 recoge información sobre los niveles de desocupación de los jóvenes como proporción de la Población Económicamente Activa (PEA). En conjunto, representaban, en 1998, el 4.44 por ciento. Asimismo, los porcentajes de desocupación se distribuyen casi homogéneamente entre los distintos grupos de edad. En 2001 (Cuadro 21), la desocupación juvenil como porcentaje de la PEA disminuye al 3.63 por ciento y, al igual que en 1998, esa condición laboral afecta de forma casi homogénea a los distintos sectores de la juventud salvadoreña

Cuadro 20
Jóvenes desocupados como proporción de la PEA (1998)

Grupos de edad	No. de jóvenes	Relación con PEA (%)
15-19	33,745	1.40
20-24	47,557	1.98
25-29	25,323	1.05
Total	106,625	4.44

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 1998.

Cuadro 21
Jóvenes desocupados como proporción de la PEA (2001)

Grupos de edad	No. de jóvenes	Relación con la PEA (%)
15-19	28,940	1.10
20-24	43,392	1.65
25-29	23,418	0.89
Total	95,750	3.63

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 2001.

En el Cuadro 22 encontramos información sobre la juventud ocupada por rama de actividad económica, según grupos de edad, en 1998. Cabe destacar que la agricultura, la ganadería, la caza y la silvicultura dan empleo a 200,948 jóvenes; la industria manufacturera, a 185,429; y el comercio, los hoteles y los restaurantes, a 201,677. El sector construcción, como cuarto sector económico importante, dio empleo a 48,159 jóvenes. En el primer sector, el grupo de edad más empleado es el que se ubica entre los quince y los diecinueve años (86,097), que casi duplica en cantidad al grupo de edad ubicado entre los veinticinco y los veintinueve años (47,910). La industria manufacturera da empleo, en gran medida, a quienes se sitúan en el rango de edad de entre los veinte y los veinticuatro años (77,569), seguido de quienes se ubican en el rango de edad de entre los veinticinco y los veintinueve años (68,298). Por último, el sector comercio, hoteles y restaurantes da empleo, casi por igual, a quienes se sitúan en el rango de edad de entre los veinte y

los veinticuatro años, y entre los veinticinco y los veintinueve años (78,253 y 75,468, respectivamente). Este sector ocupa en menor proporción a quie-

nes tienen entre los quince y los diecinueve años (47,966).

Cuadro 22
Juventud ocupada por rama de actividad económica, según grupos de edad (1998)1/

Rama Económica	15-19	20-24	25-29	Total(a)	%
Agricultura, ganadería, caza y silvicultura	86,097	66,941	47,910	200,948	23.31
Pesca	2,343	3,105	2,981	8,429	0.98
Explotación de minas y canteras	182	627	262	1,071	0.12
Industria manufacturera	39,562	77,569	68,298	185,429	21.51
Suministro de electricidad, gas y agua	156	772	1,557	2,485	0.29
Construcción	10,773	19,126	18,260	48,159	5.59
Comercio, hoteles y restaurantes	47,956	78,253	75,468	201,677	23.39
Transporte, almacenamiento y comunicaciones	4,599	14,164	16,660	35,423	4.11
Intermediación financiera, inmobiliaria	3,379	15,910	16,452	35,741	4.15%
Administración pública y defensa	2,214	14,097	21,042	37,353	4.33
Enseñanza	2,076	7,138	11,848	21,062	2.44
Servicios comunales, soc., salud	3,243	17,275	17,287	37,805	4.39
Hogares con servicio doméstico	17,625	14,372	13,196	45,193	5.24
Otros 2/	123	379	823	1,325	0.15
Total(b)	220,328	329,728	312,044	862,100	100
Porcentajes por edad	25.56	38.25	36.19	100	

1/ De acuerdo a CIU Revisión 3.

2/ Incluye organizaciones y órganos extraterritoriales.

a/ Total según actividad económica

b/ Total según grupos de edad

Fuente: Ministerio de Economía, DIGESTYC. *Encuesta de Hogares y de Propósitos Múltiples*, 1998.

En el Cuadro 23, que recoge datos para 2001, se afirman las tendencias de constatadas, en 1998. La agricultura, la ganadería, la caza y la silvicultura emplean a un total de 184,840 jóvenes; la industria manufacturera, a 182,556; y el comercio, los hoteles y los restaurantes, a 220,600. El sector construcción, como cuarto sector económico importante, empleó a 51,952 jóvenes. En el primer sector, el grupo de edad más empleado es el que se ubica entre los quince y los diecinueve años (83,420). La industria manufacturera empleó en mayor medida, a quienes se encuentran entre los veinte y los veinticuatro años (78,239). Por último, el sector comercio, hoteles y restaurantes empleó, casi por igual, a quienes se sitúan en el rango de edad de entre los veinte y los veinticuatro



años, y entre los veinticinco y los veintinueve años (94,593 y 79,432, respectivamente. Este sector ocupa, en menor proporción, a quienes tienen entre los quince y los diecinueve años (46,575).

Cuadro 23
Juventud ocupada por rama de actividad económica, según grupos de edad.(2001)1/

Rama Económica	15-19	20-24	25-29	Total(a)	%
Agricultura, ganadería, caza y silvicultura	83,420	61,279	40,141	184,840	20.86
Pesca	1,806	2,333	2,280	6,419	0.72
Explotación de minas y canteras	1,030	443	227	1,700	0.19
Industria manufacturera	38,403	78,239	65,914	182,556	20.60
Suministro de electricidad, gas y agua	0	694	2199	2,893	0.33
Construcción	9,218	23,802	18,932	51,952	5.86
Comercio, hoteles y restaurantes	46,575	94,593	79,432	220,600	24.89
Transporte, almacenamiento y comunicaciones	7,831	21,178	16,601	45,610	5.15
Intermediación financiera, inmobiliaria	2000	19,136	17,748	38,884	4.39
Administración pública y defensa	1,723	11,555	19,253	32,531	3.67
Enseñanza	1,011	7,202	14,726	22,939	2.59
Servicios comunales, soc., salud	7,664	16,484	24,229	48,377	5.45
Hogares con servicio doméstico	15,207	19,832	11,929	46,968	5.30
Otros 2/	0	0	0	0	0.00
Total(b)	215,888	356,770	313,611	886,269	100
Porcentajes	24.36	40.26	35.38	100	

1/ De acuerdo a CIU Revisión 3.

2/ Incluye organizaciones y órganos extraterritoriales.

a/ Total según actividad económica

b/ Total según grupos de edad.

Fuente: Ministerio de Economía, DIGESTYC, *Encuesta de Hogares y de Propósitos Múltiples*, 2001.

Finalmente, los cuadros 24 y 25 permiten vislumbrar, como complemento de la información anterior, la situación de la juventud ocupada, en relación con la PEA, en 1998 y 2001. En total, los jóvenes ocupados representan, en 1998, el 35.87 por ciento de la PEA. Si se examina la ocupación juvenil, por sector económico, es claro que los sectores agricultura, ganadería, caza y silvicultura (7.02% de la PEA), comercio, hoteles y restaurantes (8.39% de la PEA), e industria manufacturera (7.72% de la PEA) absorben la mayor cantidad de mano de obra juvenil. En 2001, los jóvenes ocupados representan el 33.34 por ciento de la PEA y los sectores agricultura, ganadería, caza y silvicultura (8.36% de la PEA), comercio, hoteles y restaurantes (8.37% de la PEA), e industria manufacturera (6.93% de la PEA) absorben la mayor cantidad de mano de obra juvenil.

3.4. Condiciones educativas

Para hacerse una idea de las condiciones educativas de la juventud salvadoreña, a finales de la

década de los noventa y principios del siglo XXI, es ilustrativo revisar los datos de los cuadros 26 y 27, donde se reflejan los niveles de asistencia escolar, en 1998 y 2001, respectivamente. Así, en 1998, asistieron a la escuela 688,494 jóvenes (36.35%), en tanto que no lo hicieron 1,205,373 (63.65%). El grueso de los que asistió se concentró en el grupo de edad de los trece a los quince años (302,028), mientras que el grueso de los que no lo hizo se concentró en el grupo de edad de los diecinueve a los veintitrés años (467, 597), seguidos de cerca por quienes se sitúan en el grupo de edad de los veinticuatro a los veintiocho años (444,160).

En el 2001 (Cuadro 27), el total de jóvenes que asistió a la escuela fue de 761,740 (38.15%), mientras que el total que no asistió fue de 1,234,496 (61.85%). La mayor parte de jóvenes que asistió se concentró en el grupo de edad de los trece y los quince años (346,294), en tanto que los que no asistieron se encuentran, en su mayoría, en el grupo de edad entre los diecinueve y los veintitrés

Cuadro 24
Juventud ocupada por sector en relación a la PEA (1998)

Sector económico	Proporción de la PEA (%)
Agricultura, ganadería, caza y silvicultura	8.36
Pesca	0.35
Explotación de minas y canteras	0.04
Industria manufacturera	7.72
Suministro de electricidad, gas y agua	0.10
Construcción	2.00
Comercio, hoteles y restaurantes	8.39
Transporte, almacenamiento y comunicaciones	1.47
Intermediación financiera, inmobiliaria	1.49
Administración pública y defensa	1.55
Enseñanza	0.88
Servicios comunales, soc., salud	1.57
Hogares con servicio doméstico	1.88
Otros	0.06
Total	35.87

Fuente: elaboración propia sobre la base de la *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 1998.

Cuadro 25
Juventud ocupada por sector en relación a la PEA (2001)

Sector económico	Proporción de la PEA (%)
Agricultura, ganadería, caza y silvicultura	7.02
Pesca	0.24
Explotación de minas y canteras	0.06
Industria manufacturera	6.93
Suministro de electricidad, gas y agua	0.11
Construcción	1.97
Comercio, hoteles y restaurantes	8.37
Transporte, almacenamiento y comunicaciones	1.73
Intermediación financiera, inmobiliaria	1.48
Administración pública y defensa	1.23
Enseñanza	0.87
Servicios comunales, soc., salud	1.84
Hogares con servicio doméstico	1.78
Otros	0.00
Total	33.64

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 2001.

Cuadro 26
Juventud por asistencia escolar, según grupos de edad (1998)

Grupos de edad	Sí asisten	No asisten	Total (a)	Porcentajes
13-15	302,028	96,473	398,501	21.04
16-18	212,439	197,143	409,582	21.63
19-23	130,745	467,597	598,342	31.59
24-28	43,252	444,160	487,412	25.74
Total(b)	688,464	1,205,373	1,893,837	100
Porcentajes	36.35	63.65	100	

a) Total por grupos de edad.

b) Total por condición de asistencia escolar.

Fuente: Ministerio de Economía, Dirección General de Estadística y Censos (DIGESTYC), *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 1998.

años (495,261). Es oportuno hacer notar cómo, en tres años, el nivel de inasistencia escolar, en la práctica, no varía: del 63.65 por ciento, en 1998, y el 61.85 por ciento, en 2001. En la misma línea, los grupos de edad en los cuales se dieron los mayores niveles de inasistencia a la escuela fueron los ubicados entre los diecinueve y los veintitrés años y los veinticuatro y los veintiocho años (495,261 y 460,206, respectivamente).

Cuadro 27
Juventud por asistencia escolar, según grupos de edad (2001)

Grupos de edad	Sí asisten	No asisten	Total (a)	Porcentajes
13-15	346,294	93,141	439,435	22.01
16-18	227,237	186,358	413,595	20.71
19-23	139,878	495,261	635,139	31.82
24-28	48,331	460,206	508,537	25.46
Total(b)	761,740	1,234,966	1,996,706	100
Porcentajes	38.15	61.85	100	

a/ Total según grupos de edad.

b/ Total por condición de asistencia escolar.

Fuente: Ministerio de Economía, DIGESTYC, *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 2001

Desagregado por sexo, siempre en 2001, los totales de asistencia e inasistencia a la escuela de mujeres y hombres fueron bastante semejantes (cuadros 28 y 29). En el caso de estos últimos, asistió

a la escuela un total de 375,354 (38.91%), en tanto que, en el caso de las mujeres, lo hizo un total de 386,386 (37.44%). En cuanto inasistencia, hubo un total de 589,322 de jóvenes hombres (61.09%), mientras que, en el mismo rubro, hubo un total de 645,644 de mujeres jóvenes (62.56%). Lo que debería preocupar de esta información es, sin duda, la elevada inasistencia a la escuela, la cual casi duplica las cifras de asistencia. También debería preocupar que los mayores índices de inasistencia se den, en ambos sexos, en los grupos de edad de entre los diecinueve y los veintiocho años.

Cuadro 28
Juventud masculina por asistencia escolar,
según grupos de edad (2001)

Grupos de edad	Sí asisten	No asisten	Total (a)
13-15	176,903	42,176	219,079
16-18	111,391	90,870	202,261
19-23	64,802	250,040	314,842
24-28	22,258	206,236	228,494
Total(b)	375,354	589,322	964,676
Porcentajes	38.,91	61.09	100

a/ Total según grupos de edad.

b/ Total por condición de asistencia escolar.

Fuente: Ministerio de Economía, DIGESTYC, *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 2001.

Cuadro 29
Juventud femenina por asistencia escolar,
según grupos de edad (2001)

Grupos de edad	Sí asisten	No asisten	Total (a)
13-15	169,391	50,965	220,356
16-18	115,846	95,488	211,334
19-23	75,076	245,221	320,297
24-28	26,073	253,970	280,043
Total(b)	386,386	645,644	1,032,030
Porcentajes	37.44	62.56	100

a/ Total según grupos de edad.

b/ Total por condición de asistencia escolar.

Fuente: Ministerio de Economía, DIGESTYC, *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 2001.

Finalmente, tenemos la condición de alfabetismo y analfabetismo de la juventud salvadoreña, en el año 2001 (Cuadro 30). El total de alfabetos jóvenes, en ese año, fue de 1,858,526 (93.10%), mientras que el total de analfabetos fue de 137,846 (6.90%). Como puede verse, en el Cuadro 30, se trata de una juventud alfabetizada casi en su totalidad y de un modo bastante homogéneo. Sin embargo, es oportuno hacer notar que, en el rubro de analfabetos, la mayor cantidad se encuentra en los grupos de entre los diecinueve y los veintitres años y entre los veinticuatro y veintiocho años.

Cuadro 30
Juventud por condición de alfabetismo y anal-
fabetismo, según grupos de edad (2001)

Grupos de edad	Alfabetos	Analfabetos	Total (a)
13-15	415,848	23,587	439,435
16-18	390,358	23,237	413,595
19-23	592,128	43,011	635,139
24-28	460,526	48,011	508,537
Total(b)	1,858,860	137,846	1,996,706
Porcentajes	93.10	6.90	100

a) Total según grupos de edad.

b) Total por condición de alfabetismo.

Fuente: Ministerio de Economía, DIGESTYC, *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 2001

Desagregada la información anterior por sexo (cuadros 31 y 32), se tiene, siempre en el año 2001, un panorama semejante al revelado por los datos más generales. El total de jóvenes hombres alfabetos fue, en el año considerado, de 897,598 (93.05%); mientras que el total de mujeres jóvenes ascendió a 961,962 (93.14%). Por su parte, el total de analfabetos hombres fue de 67,078 (6.95%), en tanto que el total de mujeres analfabetas fue de 70,768 (6.86%). Asimismo, en ambos sexos, el mayor nivel de analfabetismo se da en los grupos de edad de los diecinueve y los veintitres años y entre los veinticuatro y veintiocho años.

4. Juventud y violencia

4.1. Estado actual del conocimiento sobre la violencia en El Salvador

Desde que en la Universidad Centroamericana "José Simón Cañas" (UCA) se publicaron los re-

Cuadro 31
Juventud masculina por condición de alfabetismo y analfabetismo,
según grupos de edad (2001)

Grupos de edad	Alfabetos	Analfabetos	Total(a)
13-15	205,668	13,411	219,079
16-18	190,470	11,791	202,261
19-23	292,873	21,969	314,842
24-28	208,587	19,907	228,494
Total(b)	897,598	67,078	96,4676
Porcentajes	93.05	6.95	100

a/ Total según grupos de edad.

b/ Total por condición de alfabetismo.

Fuente: Ministerio de Economía, DIGESTYC, *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 2001.

Cuadro 32
Juventud femenina por condición de alfabetismo y analfabetismo,
según grupos de edad (2001)

Grupos de edad	Alfabetos	Analfabetos	Total(a)
13-15	210,180	10,176	220,356
16-18	199,888	11,446	211,334
19-23	299,255	21,042	320,297
24-28	251,939	28,104	280,043
Total(b)	961,262	70,768	1,032,030
Porcentajes	93.14	6.86	100

a/ Total según grupos de edad.

b/ Total por condición de alfabetismo.

Fuente: Ministerio de Economía, DIGESTYC, *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*, 2001.

sultados de una investigación sistemática sobre la violencia en El Salvador (octubre de 1997)¹⁰, otros estudios se han realizado en la misma dirección, tanto en la misma UCA como en otras instituciones y centros de investigación del país. A estas alturas, hay una serie de conocimientos adquiridos sobre el problema de la violencia, los cuales son un punto de partida ineludible para avanzar más en su comprensión y para diseñar mecanismos de solución. A continuación se exponen, de forma resumida, los conocimientos adquiridos, en materia de violencia en El Salvador.

La violencia que irrumpe en la década de los años 90 en El Salvador es una violencia social¹¹, es decir, una violencia que, por un lado, atraviesa al conjunto del tejido social, en todos sus niveles y sectores; y, por otro, es una violencia que afecta cotidianamente a todos los habitantes del país, aunque en grado diverso. Las expresiones más llamativas de esta violencia social son la violencia de los conductores, los conflictos entre pandillas juveniles (maras), la delincuencia común, los secuestros y las violaciones. Pero hay manifestaciones más ocultas (o relativamente más ocultas) de esa

10. *Estudios Centroamericanos (ECA)*, *La cultura de la violencia en El Salvador*. ECA, 588, octubre de 1997.

11. L. A. González, "El Salvador en la postguerra: de la violencia armada a la violencia social". *Realidad*, 59, septiembre-octubre de 1997, pp. 441-458.

violencia: la violencia intrafamiliar, la violencia en las escuelas y la violencia en los centros de trabajo, por ejemplo, la que se genera en las maquilas.

Los niveles de violencia en El Salvador son tales que hacen del país uno de los más violentos de América Latina. Las cifras de homicidios, en 1999 (2,270 personas asesinadas), en 2000 (2,341 personas asesinadas) y en 2001 (2,202 asesinadas) así lo confirman¹². Lo grave de la situación de violencia fue reconocido hasta hace poco, en los círculos de gobierno, por lo menos de manera abierta¹³. La empresa privada también la ha reconocido, al menos desde hace unos cuatro años. Sin embargo, su toma de conciencia ha sido tardía, lo cual impidió diseñar, a tiempo, una estrategia integral de seguridad ciudadana. Los sectores empresariales han presionado al gobierno para que combata a las bandas de secuestradores; sin embargo, esa presión no se ha ejercido con la misma determinación, en el caso de los otros tipos de violencia.

La convivencia social en El Salvador está siendo fuertemente socavada por el crimen, la violencia y la impunidad. Hasta ahora, las señales que aparecen en el horizonte sobre un cambio de rumbo son aun débiles. De seguir en la misma dinámica, el tejido social del país experimentará un mayor deterioro, del cual sólo podrá salir con un cambio drástico en los usos y las costumbres de quienes, al amparo de unas instituciones poco sólidas, han hecho de la fuerza, la prepotencia y el abuso una forma de vida.

La portación y tenencia de armas de fuego es uno de los factores que más incide en el alto número de homicidios. Por ejemplo, del total de homicidios, en el área metropolitana de San Salvador, ocurridos en 1998, el 60 por ciento fue causado con arma de fuego. Este porcentaje ha venido aumentando desde 1995, y no hay razones para pensar que vaya disminuir, en el futuro —a menos que se ponga en práctica una estrategia de control

de armas que lleve al desarme de la sociedad¹⁴. De los homicidios cometidos en 1999, 1,598 personas fueron asesinadas con arma de fuego; en 2000, 1,648; y en 2001, 1,641¹⁵.

La violencia trae consigo costos económicos significativos, que gravan las posibilidades de desarrollo del país. Por un lado, están los gastos familiares en seguridad —vigilancia, portones, muros, alarmas—; en segundo lugar, los gastos relacionados directamente con pagos de secuestros o en recuperación médica de las víctimas de la violencia; en tercer lugar, lo que gasta el Estado en la policía, los tribunales y el sistema de salud. A medida que la violencia aumenta, esos gastos también crecen, con lo cual la economía nacional se ve seriamente perjudicada. En 1997, los costos personales por lesiones fueron de un poco más de 27 mil dólares. Mientras que, en el mismo año, los gastos legales e institucionales ascendieron a algo más de 284 mil dólares¹⁶.

La violencia en El Salvador tiene muchas facetas. Una de las más preocupantes es el crimen organizado, quizás el más difícil de combatir, por los nexos políticos, económicos y policiales que ha desarrollado, así como por sus ramificaciones en Centroamérica —redes de narcotraficantes, ladrones de vehículos y de secuestradores. Con bastante seguridad se puede hablar de una “integración” centroamericana por la vía del crimen, la cual ha avanzado con más rapidez que los esfuerzos de los gobiernos del área por establecer vínculos firmes de cooperación económica, social y política¹⁷.

La respuesta gubernamental al problema de la violencia ha privilegiado, hasta hace poco, la dimensión coercitiva (reacción violenta a la violencia), dejando en segundo plano las dimensiones preventiva y correctiva. El nivel reactivo, como la misma expresión lo dice, consiste en la respuesta que se da ante una situación de violencia, que puede ser de impacto individual o grupal. Desde las esfe-

12. Cfr., PNUD, *Armas de fuego y violencia*. San Salvador, 2003, p. 173.

13. En 1997, cuando la UCA hizo públicos los resultados de su investigación sobre magnitud y costos de la violencia, el gobierno del entonces presidente Armando Calderón Sol se mostró reticente a aceptar las tesis y conclusiones del estudio, al grado de intentar vetar su divulgación.

14. Cfr., J. M. Cruz, M. A. Baltrán. *Las armas de fuego en El Salvador. Situación e impacto sobre la violencia*. San Salvador, IUDOP, 2000.

15. Cfr., PNUD, *Armas de fuego y violencia*..., p. 173.

16. Cfr., L. E. Romano, “Los costos de la violencia en El Salvador”. *ECA*, 588, octubre de 1997, pp. 967-976.

17. Cfr., L. A. González, “Centroamérica: violencia, integración regional y globalización”. *ECA*, 595-596, mayo-junio de 1998, pp. 433-448.

ras de gobierno, esta respuesta suele recaer, en primera instancia, en los organismos policiales, que son los responsables directos de velar por la seguridad ciudadana, una vez que ésta ha sido puesta en riesgo. El nivel preventivo trata de crear las condiciones —sociales, económicas, políticas, culturales— que favorezcan un clima de respeto y tolerancia entre los miembros de la sociedad. Prevenir es favorecer el surgimiento de espacios de recreación, culturales y deportivos, que no sólo sirvan de canal de expresión para las energías grupales —sobre todo, de los adolescentes—, sino para que las personas aprendan a compartir sueños y proyectos. Pero no sólo eso. Se trata también, en segundo lugar, de crear ordenamientos sociales y económicos con un mínimo de equidad y justicia, puesto que una de las fuentes de violencia, en sociedades como la salvadoreña, es la desigualdad socioeconómica prevaleciente. Y todo ello, en tercer lugar, debe ser sostenido por un entramado legal e institucional capaz de responder a los complejos desafíos que plantea la seguridad ciudadana, en el momento actual.



Los esfuerzos desplegados por el gobierno central, a lo largo de los años noventa, para garantizar la seguridad ciudadana —vista como un problema de seguridad pública— no han sido tan exitosos como creyeron quienes han defendido el enfoque meramente reactivo. El énfasis puesto en esa dimensión, en detrimento de la dimensión preventiva, ha revelado graves deficiencias. Aparte de ello, las instituciones responsables de la seguridad pública —Policía Nacional Civil, Ministerio de Seguridad Pública y Sistema Judicial— no sólo fueron invadidas por el crimen y la corrupción, sino que no pudieron articular su trabajo, dando pie a la incompetencia y al encubrimiento.

Precisamente, al haber caído en la cuenta del fracaso de las medidas meramente coercitivas para hacer frente al problema de la violencia, especialmente de la violencia juvenil y estudiantil, ha llevado a que, en los dos últimos dos años, instituciones como el Ministerio de Educación hagan esfuerzos —con el apoyo de organismos internacio-

nales como la Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ)— para diseñar una estrategia de intervención, la cual tiene como uno de sus pilares la creación de condiciones institucionales y sociales que contribuyan a prevenir la violencia juvenil, específicamente la violencia estudiantil. Otras instituciones se han sumado a este esfuerzo tendiente a abordar el problema de la violencia de un modo más integral. Cabe mencionar a la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”, con sus investigaciones pioneras y sistemáticas sobre la violencia en general —su magnitud, costos y factores asociados—, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) —con sus estudios, publicaciones y financiamiento—, la Agencia Alemana de Cooperación (GTZ) —con apoyo financiero para la realización de investigación o para implementar proyectos de prevención de la violencia— y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-El Salvador —con sus análisis, publicaciones y seminarios.

Visto en conjunto, los aportes más relevantes para trabajar por la prevención de la violencia han provenido de instituciones no gubernamentales, como universidades, centros de investigación o organismos internacionales como el PNUD. Salvo los esfuerzos del Ministerio de Educación —con proyectos como el Fondo Alegría¹⁸—, las iniciativas de otras instituciones, por ejemplo, la Policía Nacional Civil, han tenido poca relevancia e impacto públicos. Estrategias como la seguida en la Colo-

18. Un bono entregado a las escuelas por las autoridades de educación para mantener sus puertas abiertas los fines de semana, con el objetivo de que alumnos y padres de familia puedan hacer uso del espacio escolar para compartir actividades artísticas, culturales o deportivas.

nia Zacamil, donde se ha buscado integrar a la comunidad en los esfuerzos de la policía para garantizar la seguridad pública, no han sido generalizadas. También, en la misma línea, es poco el alcance que hasta ahora ha tenido la iniciativa, surgida del seno del Consejo de Seguridad Pública, para crear espacios de recreación en los lugares de mayor violencia social. Estas iniciativas y otras, obviamente, no deben ser subestimadas, pues en el futuro pueden ser factores que incidan en la reducción de los niveles de violencia. Sin embargo, tampoco se debe exagerar su impacto positivo, por lo menos en los dos primeros años del siglo XXI.

En El Salvador persisten esquemas culturales que valoran de manera positiva la fuerza, la agresividad y la prepotencia como estilos ideales de comportamiento. Es decir, hay esquemas culturales autoritarios, heredados del pasado, que favorecen el abuso y la violencia sobre los más débiles. Y esto de un modo generalizado, en el conjunto de la sociedad¹⁹.

El problema de la violencia exige un compromiso de la sociedad civil para su erradicación o disminución, lo cual supone un mayor protagonismo para los gobiernos locales en el fortalecimiento de la participación ciudadana, toda vez que el gobierno central no ha sido capaz de enfrentar de manera integral el problema.

4.2. El problema de la violencia juvenil

El problema de la violencia en El Salvador actual tiene distintas aristas. Una de ellas es la de la violencia juvenil, dentro de la cual se pueden distinguir dos focos de violencia que, por lo general, se suelen abordar de forma indistinta: la violencia de las "maras" y la violencia estudiantil.

4.2.1. El problema de las "maras"

Como se reconoce en uno de los estudios más sistemáticos sobre el problema de las pandillas, en El Salvador, "no se sabe con certeza cuántos jóvenes se encuentran enrolados en las llamadas 'maras'²⁰, aunque se sabe que dos son las maras que se disputan territorios y espacios en el país: la "Salvatrucha" y la "18". Con todo, más allá de la cantidad de jóvenes integrados a las maras, lo grave es que, a principios del siglo XXI, es claro que el problema de las "maras", lejos de estarse encaminando hacia una solución, parece cada vez más complejo y difícil de enfrentar.

Las autoridades no logran atinar, por incompetencia, ignorancia o mala fe. La sociedad ve con pasmosa pasividad, sin poder hacer nada, cómo grupos de jóvenes que se agreden entre sí y de paso se llevan de encuentro a quienes, por casualidad o necesidad, se hallan en el campo de batalla. Importantes

y bien documentados estudios han establecido un perfil, bastante bien definido, de los miembros de las maras: origen familiar, condiciones socio-económicas, aspiraciones y valores. Esos estudios permiten concluir que diversos factores sociales y culturales han forzado a estos jóvenes a colocarse al margen de la sociedad y a desafiar, desde allí, un orden social que no les ofrece respeto, apoyo, ni amistad.

El Cuadro 33 muestra una información inicial sobre los jóvenes que integran las maras. Su composición por grupos de edad deja ver que el grueso de sus integrantes se sitúa en el tramo de edad que va de los dieciséis a los veintiún años, es decir, una etapa crucial en la vida de las personas: la de las búsquedas y compromisos más radicales e intensos. Llama la atención el porcentaje de mujeres de entre los dieciséis y los dieciocho años que integran

La respuesta gubernamental al problema de la violencia ha privilegiado, hasta hace poco, la dimensión coercitiva (reacción violenta a la violencia), dejando en segundo plano las dimensiones preventiva y correctiva.

19. ECA, "La cultura de la violencia". ECA, 588, octubre de 1997, pp. 937-949.

20. M. L. Santacruz Giralt, A. Concha-Eastman, *Barrio adentro. La solidaridad violenta de las pandillas*. San Salvador, IUDOP, 2001, p. 24. Sin revelar fuente alguna, en el suplemento "Enfoques" de *La Prensa Gráfica* (20 de abril de 2003) se publica una tabla con un registro de pandilleros en 110 municipios del país. Según estos datos, en la actualidad, habría un total aproximado de 5,768 miembros de maras, en todo El Salvador.

las maras (55.2%) y también cómo ese porcentaje decrece en mujeres de más de veintidós años (6.7%). Por el lado de los hombres, se encuentra que el 18.1 por ciento de pandilleros que tiene veintidós años o más. En otras palabras, en cuanto a edad, los pandilleros tienen a ser mayores que las pandilleras.

Cuadro 33
Pandilleros por grupos de edad y sexo (1997)
(En porcentaje)

Grupos de edad	Masculino	Femenino	Todos
15 años o menos	11.8	14.8	12.5
16 a 18 años	39.8	55.2	43.1
19 a 21 años	30.3	23.3	28.8
22 años o más	18.1	6.7	15.6
Total	100	100	100

Fuente: José Cruz y otros. *Solidaridad y violencia en las pandillas del gran San Salvador*, 1998.

Datos a partir de la encuesta realizada por el IUDOP, en 1996-1997.

En lo que se refiere a su situación laboral (Cuadro 34), apenas un 26.2 por ciento de los pandilleros tiene trabajo. En tanto que, en el caso de las pandilleras, sólo tiene trabajo el 23.3 por ciento. No tener trabajo supone no tener un ingreso fijo para hacer frente a las necesidades cotidianas de alimentación, vestuario y alojamiento. Asimismo, no tener trabajo obliga a buscar mecanismos alternativos de supervivencia que van desde la solicitud de dinero a peatones y conductores de vehículos, pasando por los pequeños delitos (robos menores), hasta los delitos de gran envergadura (narcotráfico y secuestros, por ejemplo, en los cuales probablemente muchos miembros de maras son usados por bandas del crimen organizado).

Cuadro 34
Situación laboral de pandilleros
(En porcentajes)

Variable	Pandillero	Pandillera
Tiene trabajo	26.2	23.3
No tiene trabajo	73.8	76.7
Total	100	100

Fuente: José Cruz y otros. *Solidaridad y violencia en las pandillas del gran San Salvador*, 1998.

Datos a partir de la encuesta realizada por el IUDOP, en 1996-1997.

Lo propio de las maras no es, sin embargo, la delincuencia, en el sentido tradicional del término, esto es, la criminalidad, que tiene como motivación llevar una vida cómoda, haciendo que otros paguen por ella. En el problema de las maras hay mucho de exclusión social y de demanda sociocultural; hay tribalismo y reivindicación de identidades grupales con rebeldía juvenil; hay insatisfacción con una sociedad poco acogedora con influencias exógenas importadas por pandilleros salvadoreños deportados de Estados Unidos. La mezcla de esos factores hace de la vida de los miembros de las maras una vida sumamente violenta. Los pandilleros, ante todo, son agentes de violencia contra otros pandilleros, pero también contra gente común y corriente, vecinos y policías (Cuadro 35). Pero también, en segundo lugar, los pandilleros son víctimas de la violencia, tanto la que proviene de la pandilla rival como la que ejercen sobre ellos la policía, las personas particulares y los miembros de su misma pandilla (Cuadro 36).

Cuadro 35
Persona o grupo hacia quienes fue dirigido el último hecho de violencia pandillero
(En porcentajes)

Persona o grupo	Porcentaje
Pandillero rival	63.2
Gente en la calle	19.4
Personas de la comunidad	9.0
Policía	3.6
No se ha involucrado en violencia	2.8
Otras respuestas	1.9
Total	100

Fuente: Santacruz Giralt y Concha-Eastman, *Barrio adentro. La solidaridad violenta de las pandillas*. IUDOP, 2001.

Estos datos pueden ser complementados con otros (cuadros 37 y 38) que recogen información de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), sobre las diez principales causas de muerte en El Salvador y su detalle por grupos etarios, en 1999. Como puede verse, después de las enfermedades isquémicas del corazón (11.08%), la segunda causa de muerte fueron las agresiones y los homicidios (9.31%). Los datos sobre el impacto de esas causas sobre los distintos grupos edad revela que la muerte por agresiones y homicidios afecta, en

Cuadro 36
Persona o grupo de quienes los jóvenes recibieron la agresión, según sexo
(En porcentajes)

Persona o grupo	Mujeres	Hombres
Pandilla rival	47.8	48.9
Policía Nacional Civil	13.8	35.1
Persona particular	13.8	10.0
Homeboys/ misma pandilla	19.5	3.9
Otras respuestas	3.1	1.3
No responde	1.9	0.8
Total	100	100

Fuente: Santacruz Giralt y Concha-Eastman, Barrio adentro. La solidaridad violenta de las pandillas". IUDOP, 2001.

lo fundamental, a quienes se encuentran en el tramo de edad que va de los quince a los cuarenta y cuatro años (75.43%). Obviamente, los jóvenes sal-

vadoreños —y entre ellos los miembros de maras— son los más proclives a ser víctimas de agresiones, que terminan con su vida.

Cuadro 37
Causas de muerte (1999)

	Total		Masculino		Femenino		Razón H/M
	No.	%	No.	%	No.	%	
Enfermedades isquémicas del corazón (I20-I25)	2,736	11.08	1,385	9.38	1,351	13.61	1.03
Agresiones y homicidios (x85-Y09)	2,300	9.31	2,094	14.18	206	2.07	10.17
Personas lesionada en accidente de tránsito (V01-V99)	1,661	6.73	1,336	9.05	325	3.27	4.11
Influenza y neumonía (J10-J18)	1,515	6.13	791	5.36	724	7.29	1.09
Insuficiencia cardiaca congestiva (I50)	1,386	5.61	651	4.41	735	7.40	0.89
Insuficiencia renal (N17-N19)	1,121	4.54	768	5.20	353	3.56	2.18
Enfermedades cerebro vasculares (I60-I66)	1,040	4.21	530	3.59	510	5.14	1.04
Septicemia estreptocócica y otras septicemias (A40-A41)	890	3.60	475	3.22	415	4.18	1.14
Trastornos mentales y del comportamiento debido al alcohol (F10)	825	3.34	784	5.31	41	0.41	19.12
Diarrea y gastroenteritis de presunto origen infeccioso (A09)	565	2.29	313	2.12	252	2.54	1.24
Demás causas	10,659	43.16	5,642	38.20	5,017	50.53	1.12

Fuente: OPS, 2003.

Cuadro 38
Causas de muerte por grupos etarios (1999)

	< 1		1 - 4		5 - 14		15 - 44		45 - 64		65 y +		Totales	
	No.	%	No.	%	No.	%	No.	%	No.	%	No.	%	No.	%
Enfermedades isquémicas del corazón (I20-I25)	8	0.29	1	0.04	10	0.37	188	6.87	592	21.64	1,937	70.80	2,736	100
Agresiones y homicidios (x85-Y09)	2	0.09	4	0.17	41	1.78	1,735	75.43	377	16.39	141	6.13	2,300	100
Personas lesionada en accidente de tránsito (V01-V99)	23	1.38	38	2.29	135	8.13	831	50.03	382	23.00	252	15.17	1,661	100
Influenza y neumonía (J10-J18)	325	21.45	31	2.05	37	2.44	134	8.84	148	9.77	840	55.45	1,515	100
Insuficiencia cardíaca congestiva (I50)	9	0.65	2	0.14	4	0.29	63	4.55	207	14.94	1,101	79.44	1,386	100
Insuficiencia renal (N17-N19)	2	0.18	3	0.27	11	0.98	196	17.48	417	37.20	492	43.89	1,121	100
Enfermedades cerebro vasculares (I60-I66)	4	0.38	0	0.00	7	0.67	98	9.42	216	20.77	715	68.75	1,040	100
Septicemia estreptocócica y otras septicemias (A40-A41)	64	7.19	11	1.24	28	3.15	148	16.63	200	22.47	439	49.3	890	100
Trastornos mentales y del comportamiento debido al alcohol (F10)	0	0.00	0	0.00	0	0.00	361	43.76	334	40.48	130	15.76	825	100
Diarrea y gastroenteritis de presunto origen infeccioso (A09)	300	53.10	20	3.54	11	1.95	53	9.38	44	7.79	137	24.25	565	100
Demás causas	1,259	11.81	122	1.14	210	1.97	2,269	21.29	2,410	22.61	4,389	41.18	10,659	100

Fuente: OPS, 2003.

En definitiva, nadie puede poner en duda que la sociedad tiene una deuda pendiente con los jóvenes miembros de maras, cuya sola presencia indica que algo no marcha bien en El Salvador. También es indudable que las autoridades tienen la obligación de diseñar e implementar mecanismos que vayan más allá de la mera coerción, haciendo las distinciones de rigor, en lo que tiene el fenómeno de las maras de reivindicación cultural, traumas psicosociales, resentimiento social o prácticas delictivas. El simplismo tiene que ceder lugar al

análisis riguroso y la elaboración de conceptos capaces de dar cuenta de este fenómeno, en su globalidad y complejidad. No está claro hasta dónde estarán dispuestas a llegar las autoridades en este punto, siendo como es que la reducción del problema a su dimensión delincuencial facilita las cosas. Pero, si este enfoque no cambia de manera drástica, las autoridades continuarán nadando contra la corriente. Lo mismo sucede con el conjunto de la sociedad. Mientras no se tenga claro que lo condenable de las maras son sus actividades violentas y

no su vestimenta, tatuajes y *grafittis* —que no tienen por qué estar asociados con aquéllas— se continuará con actitudes intolerantes, que en nada contribuyen al necesario establecimiento de un diálogo entre ellas, en lo que plantean de desafío socio-cultural, y el resto de la sociedad.

Un tema que no debe soslayarse en el diálogo entre las maras, la sociedad y las autoridades es el tema de la muerte. Los distintos hechos violentos protagonizados por los miembros de las pandillas llevan a tomarse en serio la segunda parte de la frase: “por mi madre vivo y por mi barrio muero”, que muchos de ellos hacen suya de modo radical. Hay un culto a la muerte —ese límite a las posibilidades de lo humano—, pero no sólo a la muerte del adversario —el miembro de la mara rival—, sino a la muerte propia, que, como indican algunas evidencias, muchos de los miembros de las maras asumen con la mayor determinación y que los lleva desafiar el peligro hasta situaciones espeluznantes.

Desde el punto de vista de la convivencia social esto es grave, puesto que uno de los consensos fundamentales de una sociedad que quiera seguir siendo tal, estriba en el deseo de sus miembros de vivir biológicamente. Ha sido y es normal que un grupo social intente aniquilar a otro y viceversa, pero, hacia dentro, incluso los más aguerridos defensores del exterminio biológico de otro grupo humano —los nazis, por ejemplo— querían proteger su propia vida, al igual que sus víctimas querían preservar la suya. Pero, ¿qué sucede en una sociedad en la cual varios de sus miembros —un grupo significativo— han decidido que su propia vida no merece ser conservada y que la muerte ya no es un límite? Pues, sencillamente, esta sociedad estará siendo socavada en sus raíces, en tanto que el consenso social básico —ese consenso que impidió la destrucción atómica del planeta, al forzar a terminar la guerra fría— está siendo quebrado por un sector de la sociedad.

En la práctica, esto se traduce en una situación en la cual quienes han decidido traspasar ese límite, que es la muerte, tienen ventaja sobre quienes consideran que la vida es el valor supremo. ¿Cuá-

les son las situaciones críticas que han llevado a muchos miembros de las maras a aceptar e incluso a buscar la muerte y a infringirla sin piedad a sus “enemigos”? ¿Cómo hacer para convencerlos y hacerles sentir que la vida —su vida— merece ser preservada y defendida ante todo y sobre todo por ellos y de ellos mismos? Estas son preguntas cuya respuesta es urgente, pues sólo teniendo alguna claridad sobre ellas será posible penetrar en esos muros —simbólicos, psicológicos y sociales— que aíslan a las maras del resto de la sociedad y al interior de los cuales se alienta la violencia y la muerte.

4.2.2. El desafío de la violencia estudiantil

El cierre de la década de los noventa y primeros años del siglo XXI ha planteado un serio problema a diversas instancias de la sociedad salvadoreña —medios de comunicación, Ministerio de Educación, Policía Nacional Civil, padres de familia. Han proliferado los hechos de violencia protagonizados —como víctimas y victimarios— estudiantes de diferentes centros educativos, públicos y privados. A las riñas callejeras —algo cotidiano, en diferentes zonas del gran San Salvador— se sumaron, a finales del año 2002, las muertes violentas de estudiantes, sin que fueran del todo claras las moti-

vaciones o la identidad de los asesinos. Sin duda, fueron esos asesinatos los que forzaron a las autoridades a hacerse cargo de un problema que no era tan nuevo como muchos creyeron, pues pocos son los dados a revisar la historia.

El problema de la violencia estudiantil se agudizó —en extensión y gravedad de sus efectos— después de firmada la paz. En este sentido, este tipo de violencia siguió la dinámica de otras formas de violencia que también se agudizaron en la postguerra. Es decir, la violencia protagonizada por estudiantes no puede ser aislada de los otros tipos de violencia, que sacuden al país en la postguerra. No obstante, la violencia estudiantil no puede ser asimilada a otras formas de violencia —específicamente, a la delincencial o a la de las maras—, por

más que en ella se hagan presentes aspectos propios de estas últimas. De esto se sigue que la expresión “maras estudiantiles” es peligrosa porque, tras la confusión conceptual que en sí misma trasluce —amén de su sentido peyorativo—, ha dado lugar a un tratamiento coercitivo del problema, similar al que se sigue con otras manifestaciones de la violencia.

Así las cosas, lo primero que debe hacerse es tratar de entender, en su especificidad, el problema de la violencia estudiantil, sin asimilarlo a —o confundirlo con— otras formas de violencia. En segundo lugar, hay que enfocarlo con una visión histórica más amplia, puesto que, de lo contrario, su aparente novedad puede hacer perder de vista sus condicionantes más profundos. En este punto, aunque no hay una información sistemática, se tiene suficiente evidencia que respalda la tesis según la cual la violencia estudiantil no es algo absolutamente novedosa y, mucho menos, una herencia directa de la pasada guerra civil. Verla como una herencia de la guerra es una salida fácil, pero insostenible, si se miran las cosas con más detalle. Antes de la guerra, no sólo se daban con regularidad brotes de violencia entre los estudiantes —los juegos deportivos estudiantiles eran el espacio propicio para ello—, sino que mucha de la rebeldía de los jóvenes se canalizó hacia organizaciones de izquierda, que dieron a esa violencia un cariz político.

El conflicto armado —en el cual participaron no pocos jóvenes, tanto en las filas del FMLN como en las filas del ejército— opacó otras formas de violencia juvenil o bien hizo que las mismas se diluyeran y expresaran a través del mismo. Pero ellas —siguiendo un hilo de continuidad con el pasado— se mantuvieron presentes. Una vez terminada la guerra —y cuando las motivaciones políticas se esfumaron—, reaparecieron con la energía de siempre, en un país que cuenta en su haber con mayores recursos de muerte. Reconocer esto no significa justificar la violencia estudiantil actual; nada más es un llamado de atención a quienes creen en las soluciones rápidas y de corto plazo a problemas complejos y de larga data.

La violencia estudiantil tiene que ser tratada con sutileza, tino e inteligencia; de poco sirven las salidas precipitadas, que obedecen más a las exigencias de la publicidad que a los desafíos sociales que enfrenta el país. Esa violencia es parte de un problema mucho más amplio: el problema de los jóvenes. Pero éste, a su vez, no puede ser desligado de otro que lo abarca: el problema de los adultos. ¿Cuáles son las normas de convivencia y los valores que los adultos salvadoreños ofrecen a sus jóvenes? ¿Cuál es la sociedad que estos han legado —están legando— a aquéllos? No se trata, obviamente, ni de una sociedad justa y equitativa, ni se trata tampoco de unos valores y normas que fomenten la tolerancia, el respeto a la dignidad de los demás o la solidaridad. Antes bien, se trata de valores y normas totalmente opuestos a los apuntados: la competencia voraz, el abuso sobre los más débiles, el fanatismo y el “sálvese quien pueda”.

5. Conclusión

En Salvador actual no garantiza a la mayor parte de sus habitantes —ni en lo social, ni en lo económico— una vida digna, justa y segura. De entre el conjunto de salvadoreños vulnerables, los jóvenes ocupan un lugar destacado por lo incierto que se vuelve su futuro, en una sociedad que no les ofrece oportunidades para convertirse en unos adultos responsables ante ellos mismos y ante los demás, conscientes de sus derechos y obligaciones. A los jóvenes salvadoreños no sólo los afecta el desempleo y la marginalidad social, sino la violencia, enfermedades como el SIDA y el consumo de drogas²¹. En la actualidad, la desafección política de los jóvenes es una señal de su desarraigo social. Su pobre cultura política, tal como lo indica el estudio *¿Para qué sirve la democracia? La cultura política de los jóvenes de área metropolitana de San Salvador*, muestra que, al igual que sucede en los adultos, no han asimilado el concepto básico de democracia e incluso, como señala el estudio, “buena parte de los jóvenes están más del lado de la intolerancia que de la tolerancia y no todos suelen apuntar un sentido notable de igualdad política”²².

21. Datos de FUNDASALVA para 1992 indican que, en ese año, el consumo de alcohol entre los adolescentes tuvo proporciones del 53 por ciento, en hombres, y del 47 por ciento, en mujeres. Según la misma fuente, la bebida alcohólica más probada por los estudiantes fue la cerveza (65.7%), en tanto que el 16.9 por ciento de estudiantes (hombres y mujeres) se embriaga habitualmente. FUNDASALVA, *Conocimientos, actitudes y prácticas sobre drogas y drogadicción en población general entre 15 y 54 años del Área Metropolitana de San Salvador*. San Salvador, 1992.
22. Procesos, “¿Para qué sirve la democracia? La cultura política de los jóvenes del Área Metropolitana de San Salvador”. *Serie Cuadernos de Trabajo*, No. 2002-01, p. 64.

Es cierto que en El Salvador de principios del siglo XXI los jóvenes son un problema; sin embargo, antes de ese problema se tiene otro: el de los adultos. Por lo tanto, mal hacen éstos en pretender verlo como algo ajeno a ellos. Ante todo, los adultos —políticos, empresarios, profesores, padres de familia— no han sabido organizar una sociedad en la cual las nuevas generaciones no sólo se sientan acogidas, sino que también tengan opciones para una vida digna. En segundo lugar, son los adultos los que propagan valores y normas contrarias a la convivencia pacífica y al respeto a los otros. En tercer lugar, son los adultos los que promueven la doble moral, que tanto daño ha hecho a la convivencia social, en el país: condenan y profieren improperios contra todo aquello que consideran “malo”, pero no dudan en asumirlo, cuando creen que nadie los ve. Esa doble moral los lleva a pretender ser el “modelo” a seguir por los jóvenes, olvidando que éstos ni son ciegos, ni son tontos. En cuarto lugar, son los adultos los que no respetan el derecho de los jóvenes a ser tales, con los riesgos y peligros que ello supone.

De manera absurda, pretenden que éstos se ahoren la experiencia de equivocarse y, con ello, de hacerse mayores de edad. El expediente preferido de los adultos es evitar que los jóvenes repitan sus errores de juventud; lo que sucede es que los errores no los cometieron siendo jóvenes, sino siendo adultos. Y, lo peor de todo, es que muchos de los que quieren “proteger” a los jóvenes ni supieron pro-

tegerse a sí mismos, ni han sabido cuidar del país que los vio nacer. Y, en quinto lugar, son los adultos los que han mezclado todo en el problema de la juventud: han mezclado rebeldía juvenil con delincuencia, tatuajes con maras, sexualidad con inmoralidad y música con perversión, todo ello con una halo de moralidad (o de moralina), que divide las cosas en buenas y malas —asociando lo bueno a un estilo de vida que sólo pocos humanos pueden cumplir: absoluta rectitud moral, control total de las pasiones, disciplina y ascetismo angelicales, y limpieza y pulcritud en el vestir.

En suma, los adultos de ahora han olvidado que ellos fueron jóvenes, que los padres de muchos de ellos no tuvieron el tino para entenderlos —sobre todo, cuando tenían inquietudes políticas— y que eso los frustró. ¿Por qué tiene que ser distinta la situación de sus hijos? Definitivamente, no se puede pedir a los jóvenes que no lo sean; tampoco se puede impedir que piensen y decidan por sí mismos. En la misma línea, no se les puede exigir que se comporten según el patrón ideal de ciudadano —respetuoso de las leyes, solidario, tolerante, dedicado a los estudios, dispuesto a servir a los suyos— cuando sus padres, profesores y autoridades civiles y religiosas representan muchas veces todo lo opuesto y cuando la sociedad en la cual le toca vivir a la mayoría de ellos es poco acogedora.

San Salvador, 6 de mayo de 2003